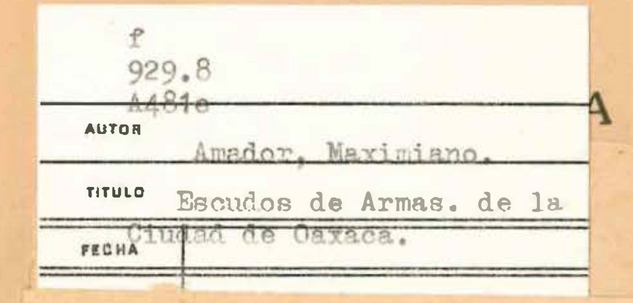
EL COLEGIO DE MEXICO
f/929.8/A481e
3 905 0305228 4



MAXIMIANO AMADOR

ESCUDOS DE ARMAS



f
929.8
A481e

Amador, Maximiano.
Escudos de Armas de la Ciudad de Oaxaca.



f
929.8
A481e

C. Sr. Muro
13-V-66

Br 18/6/68

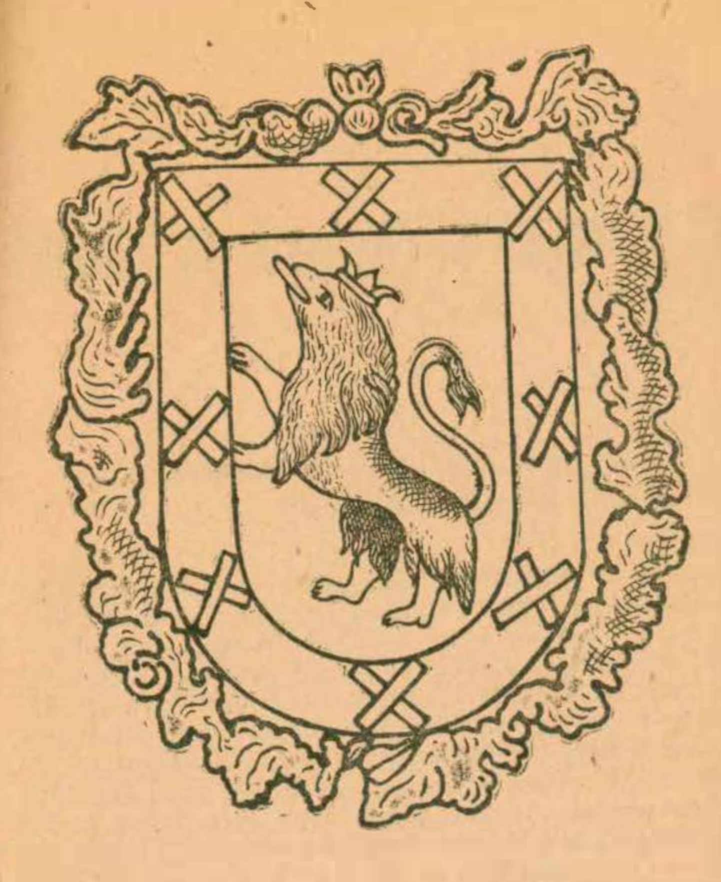
PROEMIO:

EL origen de la heráldica está aún envuelto en mucho misterio. Es realmente un desarrollo de tres ideas unidas, ninguna de las cuales, por sí sola puede considerarse como heráldica. Primero existió la divisa meramente personal del individuo, una idea que se puede distinguir en los estandartes de los hijos de Israel, en las divisas de los Romanos, de los Griegos y de los Egipcios, que se atribuían tanto a personajes reales como mitológicos, y en las figuras rudas usadas por los Indios Americanos como símbolos de familia. En seguida existió la idea decorativa de la indicución de propiedad desarrollándose en la dirección de la autenticidad del sello por su divisa. En fin, existió la necesidad militar de proclamar la identidad del individuo cuando la armadura hacía difícil el pronto conocimiento de la persona, y, necesariamente, por la combinación de éstas ideas, se desarrolló la herencia o continuación de éstos emblemas.

De éste modo la heráldica vino a ser una ciencia perfeccionada y (por la necesidad de los tiempos) completa, usada en todas partes, en sellos, estandartes, escudos y trajes. Se admite generalmente que la armería, como ahora entendemos la palabra, no existía a fines del siglo once; pero al fin del siglo doce se había generalizado en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania.

El Colegio de Heraldos en Inglaterra que dirige éstos asuntos fué fundado por Ricardo III en 1484. Sin duda fué debido a la reunión de las naciones cristianas en ciertos puntos durante las guerras de los Cruzados que los principios fundamentales de la ciencia heráldica son y han sido siempre cosmopolitas. Así se comenzó a usar la concesión hecha por los Reyes a los caballeros y nobles, de portar ciertas divisas o armas que tenían siempre cierta referencia a las hazañas de dichos personajes. Y no solamente concedían los Reyes este derecho a las personas como premio de sus actos; sino que extendían ésta gracia a las Ciudades, Universidades, Colegios, Catedrales, Abadías y Corporaciones.





Escudo Colonial de la Ciudad de Oaxaca.

[Dibujo que se ve en el mapa de la Ciudad, mandado levantar por orden del Exmo. Sr. Marqués de Branciforte, Virrey de la Nueva España en 1796.]

Escudos de Armas de la Ciudad de Oaxaca

I

Escudos de armas que ha tenido la Ciudad de Oaxaca.

EN una de tantas desgraciadas ocasiones en que la plaza de Oaxaca fué tomada a sangre y fuego, el General vencedor, al encontrarse dueño del Palacio de los Poderes, y necesitando reponer el parque agotado porque aun le faltaba bombardear el fuerte de Santo Domingo, dispuso que: se sacaran del Archivo algunos paquetes de periódicos para formar los cartuchos de fusileria; entonces la soldadezca desenfrenada y el ignorante populacho entraron a saco en la sala del Municipio, y con varios documentos preciosos, se robaron la cédula de Carlos V, que, escrita en pergamino y envuelta en rica pasta con adornos de metal, erigía la Ciudad de Oaxaca, y mostraba dibujos en brillantes colores, el original, el auténtico Escudo Heráldico de la Ciudad de Antequera. El P. Gay, en su Historia de Oaxaca asegura que vió en manos indignas aquel documento legendario, y no le fué posible adquirirlo para hacer su descripción.

El Señor Don Andrés Portillo cuando dió a la prensa su interesante obra titulada "Oaxaca en el Centenario" recibió

del Señor Manuel Martíuez Gracida, residente entonces en Guadalajara, esta descripción del escudo de armas concedido a la Ciudad de Oaxaca:

"El Escudo o Blasón de armas concedido a la Ciudad de Oaxaca por Cédula del Emperador Carlos V, firmada el 25 de Abril de 1532 en Mediua del Campo, tiene la figura de una media elipse partida por el diámetro iuferior, y consta:

I.—De bordadura azul entre dos líneas negras y con ocho aspas de oro, o cruces de San Andrés, repartidas en el centro de la faja, correspondiendo 3 a la parte superior, 2 a cada lado y 1 a la inferior.

La bordadura es símbolo de protección y recompensas; representaba en lo antiguo, la cota de malla del caballero. El color azul representa el zafiro entre las piedras preciosas, y a la justicia, lealtad y buena reputación. Las cruces significan el estandarte o guión de los caballeros.

II.—Campo de gules, que representa al rubí entre las piedras preciosas, y la Caridad entre las virtudes.

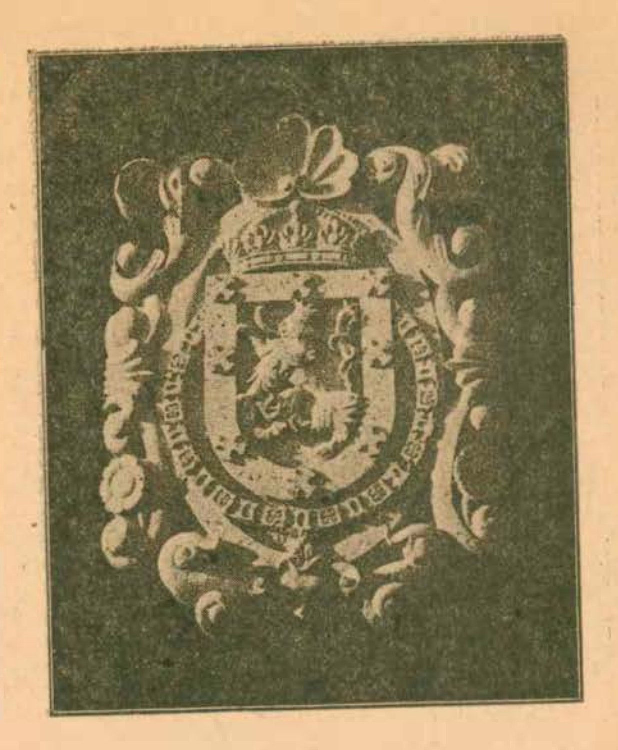
III.—León de oro coronado y rampante en el centro rojo. Representa a la fuerza y por ser de oro simboliza riqueza y bienestar.

IV.—Corona imperial sobre el escudo con collar de oro, formando dos escalones dobles con rubíes y esmeraldas alternadas e inflamadas, pendiendo al fiu el Toisón de oro liado por el medio.

Esta divisa significa o da a entender que la ciudad de Oaxaca en la época colonial estuvo bajo la protección inmediata de la Corona de España."— Manuel Martínez Gracida.

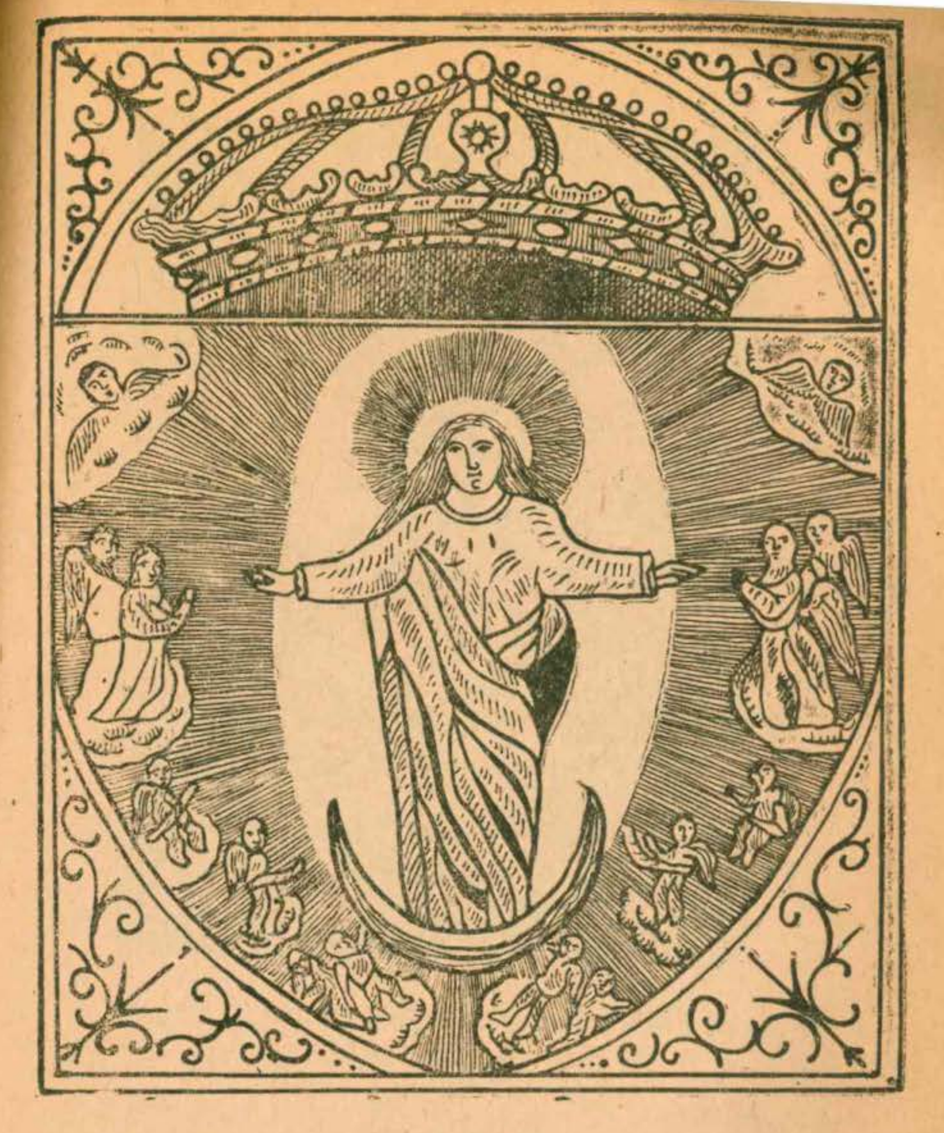
El erudito Profesor Don Cayetano Esteva poseía una medalla troqelada en Oaxaca para celebrar la coronación de Fernando VII, en el año de 1808; en el anverso presenta los castillos de España, y por el reverso tiene el escudo de la Ciudad de Oaxaca que es el mismo león rampante de que hicimos mención, lo cual prueba, que aquel fué el escudo oficial durante el Virreynato.

Este escudo es tan escaso, que no se ha podido encontrar en títulos antiguos ni eu documento alguno; sólo en el frontispicio de la casa número 56 de la 8a. calle de Hidalgo, que Don Manuel Fernández Fialio, benefactor de Oaxaca, construyó para el Ayuntamiento, y donde estuvo largos años esta Corporación, se vé un escudo de piedra en bajorelieve, tan car-



Escudo Colonial de la Ciudad de Oaxaca, concedido por el Emperador Carlos V.

(Según descripción del Señor Andrés Portillo en el libro titulado "Oaxaca en el Centenario".)



Escudo de armas del Cabildo de la Catedral de Oaxaca, concedido por el Emperador Carlos V.

(De un documento antiguo.)



Escudo de la Ciudad de Oaxaca, adoptado por el Congreso Local de 1827.

Tomado de un cuadro que se conserva en el Salón del Palacio de los Poderes del Estado.)



Sello usado por el H. Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca, de Febrero de 1865 a Octubre de 1866.

(De un documento de esa época).

comido por el tiempo y medio cubierto con capas de pintura, que apenas se percibe algo que parece un león.

También se halla en varias pinturas y bibliotecas otro escudo con la Virgen María subiendo al cielo rodeada de querubines; este blasón fué concedido por el Rey al cabildo Ecle siástico de Antequera.

En estas primeras páginas ofrecemos la copia de un hermoso cuadro que posterior a la Independencia, se conserva en una Oficina del Palacio de los Poderes del Estado: representa la cabeza de la princesa Donají, bella y blanca, porque fué hija de la reina Coyolicatlzín (copo de algodón) con un lirio sobre la frente se reclina en un escudo azul rodeado por un haz de banderas nacionales; al pié del grupo se ven colocados simétricamente varios objetos que simbolizan la agricultura y la riqueza de Oaxaca, ofreciendo por un lado la planta del maguey, en el otro un nopal con flores, en el centro un barril de pulque (neutli perfumado de los Zapotecas,) el zurrón valiosisimo de la grana, y una caja sellada simulando contener el polvo de oro que largo tiempo corrió por nuestros ríos: en la parte de arriba, sobre campo azul y entre rayos vivísimos alza su vuelo el águila Mexicana coronada con el gorro de la libertad.

Varios historiadores competentes, lo mismo que los municipios, los documentos oficiales y las portadas de algunos edificios, ofrecen un escudo muy distinto: Sobre campo de césped se reclina la cabeza de una joven india de cuyas sienes surge un lirio florido; por un lado se vé un pequeño fardo, y por el otro asomando las fauces de un cocodrilo, todo circundado por las ocho aspas de oro.

Por lo expuesto se deduce que la Ciudad de Oaxaca tuvo durante el tiempo colonial el escudo de armas concedido por el Emperador Carlos V, esto es, el león rampante en campo rojo. La Virgen de la Asunción, concedido por el mismo Emperador al Cabildo Eclesiástico. El Gobierno del Estado del año de 1827, eligió para figurar en la alegoría del Escudo Heráldico de Oaxaca, la cabeza de la heroína zapoteca Donají.

El origen simbólico del Blasón Oaxaqueño es el siguiente:

II

Fundación de Zaachila.

En lo que hoy es *Valle de Oaxaca*, fué en la antigüedad un extenso lago llamado Roaloó, en medio del cual descollaba un islote cubierto de vegetación, que era frecuentado por navegantes y pescadores. La necesidad de ponerse al abrigo de toda agresión extraña fué la que inspiró el pensamiento de convertir el islote en fortaleza. Un rey guerrero fué quien puso en ejecución este designio. El nombre zapoteca de Teozapotlán nos descubre el nombre de su fundador. Llamábase el pueblo de *Zaachila*—Yoo, que quiere decir: "*Fortaleza de Zaachila*." El rey Zaachila fué, en efecto, un genio emprendedor a quien el P. Burgoa atribuye la reducción de los chontales y conquista de Nejapa: él fué quién levantó en Teozapotlán sobre una roca la fortaleza de siete cuerpos, que parecía entonces amenazar a las montañas vecinas, y cuyas ruinas se ven esparcidas al presente. Fué la rival de la gran Tenoxtitlán, y como ésta, contaba con sus jardines flotantes, en los que los zapotecas cultivaban distintas clases de plantas.

Zaachila se hizo inmortal dando su nombre a la capital de su imperio, que sólo para los mexicanos se llamó *Teozapotlán*. Seguramente por sus grandiosas obras mereció la admiración o el amor de sus contemporáneos, que se acostumbraron a designar el lugar de su residencia con el nombre del famoso monarca, nombre que se trasmitió a la posteridad, llegando a otras generaciones, que olvidaron los hechos del rey, mas no el nombre de Zaachila.

En los zapotecas descollaba el ingenio y la inteligencia, sobresaliendo estas cualidades principalmente en sus gobernantes. Eran sus reyes cautos con los enemigos como discretos con

sus propios vasallos. Para estimular a éstos a nobles y atrevidas acciones, les ofrecían recompensas magníficas; mas al cumplir sus ofertas, cuidaban de hacerlas de modo que aún quedase algo que desear a la esperanza, no defraudada en verdad, mas tampoco cumplidamente satisfecha. Para refrenar a los enemigos, ponían en juego lejanas precauciones y cautelas exquisitas, sin omitir a veces las que sugiere la astucia y la perfidia, teniendo siempre delante de los ojos, que para vencer, ayuda más la industria y el arte que la fuerza.

El Sr. Manuel Martínez Gracida (1) al hablar de Zaachila dice así:

"Con sus encantos y con su libertad, con su Gobierno y con sus ilustres monarcas, brilló en un tiempo sobre el lago plateado, donde se reflejaba el cielo azul y purísimo de sus horizontes; y rodeada de garzas, de cuitlacoches, zenzontles y zanates, parecía colgada o suspendida en los aires."

"......cuando esto se recuerda parece escucharse en el lejano horizonte el cántico de sus guerreros y el eco de sus estrofas populares; verse ondear al viento los soberbios penachos de sus próceres, donde el oro y las esmeraldas disputaban sus reflejos al sol; como que se difunde la vista en los extensos campos cultivados y en aquellos jardines deliciosos, sembrados de lirios y azucenas, de dalias y zempozuchilt, que nacidos bajo el laurel y las paquiras, el izquixochitl y cacaloxochitl, sonreían a todos los corazones; y donde, en fin, la hermosura y las gracias de las hijas del valle, eran como el símbolo de la adoración y el númen de sus bardos."



(1).—El "Rey Cosijoeza y su familia". pág. 4.

III

Nacimiento de la Princesa Donají.

Por el año de 1498, según algunos historiadores, hubo una sangrienta guerra entre zapotecas y méxicas, siendo el Rey de los primeros, Cosijoeza, y el de los segundos, Ahuizotl. Después de reñidos combates en que la suerte le fué adversa a los méxicas, mirando Ahuizotl que el valor del rey Cosijoeza era invencible, que sus soldados disminuían con rapidez, y que nada lograba por la fuerza, quiso tentar el camino de las negociaciones y propuso la paz al rey zapoteca bajo condiciones ventajosas; Cosijoeza dió esperanzas de llegar a un final avenimiento y entró en pláticas con los mexicanos. Los representantes de ambos reyes arreglaron las condiciones de la paz, entre las que figuraba como la principal, por creerse que había de ser el sólido cimiento de la firme y duradera alianza que uniría en lo sucesivo a las dos naciones, el enlace matrimonial de Cosijoeza con la más bella de las hijas de Ahuizotl.

Las historias zapotecas, que siempre mezclaban influencias sobrenaturales con los acontecimientos más vulgares, no dejaron de entretejer en la narración de éste hecho histórico una leyenda divertida. Cuentan, pues, que el rey de México estaba interesado por particulares fines en éste matrimonio, pero Cosijoeza andaba remiso en aceptar la condición, así por no conocer a la doncella; sino por la fama, como por las desconfianzas que abrigaba sobre la buena fé de las operaciones del temido emperador de México. No ignorando éste lo que pasaba, y deseando disipar las dudas y temores que anidaban en el pecho del desconfiado Cosijoeza, rogó a sus encantadores y hechiceros que pusiesen delante de sus ojos a su seductora hija. En consecuencia un día en que el último se disponía al baño que iba a tomar en ciertos manantiales que brotan de un hermoso bosque, muy cerca de la Villa de Tehuantepec,

conocidos con el nombre de "Charcos de la Marquesa" teniendo ya prevenidos el jabón y vasos de la tierra, aprovechando el momento en que sus camareros lo dejaron solo, se le apareció la joven ostentando su esbelto talle y su belleza peregrina. Los primeros instantes fueron del dominio exclusivo de la sorpresa y de la admiración; mas reponiéndose prestro Cosijoeza, preguntóle quién era y qué quería, a lo que la mujer aparecida respondió:

"¡Feliz mortal, indómito caudillo;
de tus guerreros brillo
y de tu patria formidable escudo;
A tí que eres el rayo en la batalla,
que mata cuando estalla,
príncipe poderoso, te saludo!"

"Soy Coyolicaltzín, la hija más querida del emperador Ahuitzotl, elegida por él para casarme contigo; prendada de tu fama cuyos ecos repercuten las selvas y montañas, y sintiendo en mi pecho arder el sagrado fuego del amor, deseando conocerte, pedí a los dioses con fervoroso ruego me condujesen a tu presencia." (1)

Tomó luego en las manos un jabón oloroso que llevaba a prevención y un rico vaso de oro extraído del palacio de su padre, y comenzó a lavar al rey de Zaachila, concertando entre tanto las condiciones de la boda: arregló que el príncipe zapoteca enviase embajadores que la pidiesen a su padre, y que desde luego se preparase convenientemente el camino por donde había de ser conducida con pompa y aparato, advirtiéndole que en la corte de Tenochtitlán, los embajadores la reconocerían por un gracioso lunar orlado de vello que le mostró en una de sus manos. Terminados estos arreglos, los genios, de un vuelo, la condujeron otra vez a su patria.

Como era de esperarse, las paces se hicieron entre ambos monarcas. Los embajadores de Cosijoeza ofrecieron al soberano de México riquísimos presentes; entre las princesas escogieron a la más bella, quien al disimulo, llevando al cabello una de sus manos, había dejado ver un gracioso lunar. Esta fué conducida en rica silla de manos, que cargaron grandes

[1].—M. M. Gracida. "El Rey Cosijoeza y su familia." pág. 21.

él había determinado recobrar lo que con todo derecho le pertenecía. El rey mixteco le respondió con moderación que pudiera ser que originariamente las tierras de Cuilápam hubiesen pertenecido al Zapoteca, per que de tiempo inmemorial las poseían sus propios súbditos, quienes habían edificado sus casas y tenían cultivadas grandes sementeras; que sus actuales habitantes allí habían nacido, se habían multiplicado y tenían los restos de sus antepasados; que además en aquel pueblo residían permanentemente las tropas que guardaban las fronteras de su im erio, y que por lo mismo, la demanda del zapoteca era impertinente y no merecía ser obsequiada. Con estas razones acompañó la orden de que, para lo que pudiera ofrecerse, estuviesen dispuestos y en pié de guerra sus ejércitos.

El mixteca había recibido duras lecciones del pasado, y no quería nuevas decepciones en el porvenir. Pero Cosijoeza lo miraba con tal desprecio como si fuese un enemigo ya vencido; sin escuchar, pues, excusas ni temer ejércitos, mandó que por la fuerza se arrancase a los mixtecas de sus valles y se les aventasen a sus montañas. En efecto, el mandato se comenzó a ejecutar, pero con tales violencias que los vecinos de Cuilápam, sin esperar tropas disciplinadas, se levantaron en maza, rompieron las filas enemigas, despedazando a sus perseguidores y al general mismo, habiendo podido aprisionarlo, lo suspendieron en un árbol.

No satisfechos con esto, y unidos con fuerzas res etables, los Cuilapenses tomaron la iniciativa acometiendo a los za otecas en sus mismas posiciones. Sucesivamente fueron adelantando su invasión y ganando por el rigor de las armas uno en pos de otro los pueblos del valle, llegaron victoriosos cerca de la capital, desde donde hostilizaban a los zaachileños, sin dejarlos llegar aún a las orillas de Zaachila; no satisfechos con esto, penetraron al interior y en su centro dejaron un destacamento que se atrincheró como para no salir nunca de allí: estos últimos soldados acumulando piedras y tierra dentro del recinto fortificado, levantaron una especie de montaña o castillo que dominaba la población, y desde allí causaban gran daño en los vecinos, con piedras y otras armas arrojadizas. Tanto era el perjuicio que ocasionaban y tan imposible fué arrojarlos de Zaachila que Cosijoeza prefirió huir con los suyos no teniendo por seguro ningún punto del valle, se fijó en la cumbre de un monte que se conoce con el nombre de la "Teta de María Sánchez" y que descuella con arrogancia entre los pueblos de Santa Catarina y Santa Ana Zegache, desde allí convocó a sus vasallos y envió correos violentos a los caciques que le estaban subordinados, especialmente a uno muy poderoso, que existe aún, el pueblo de la Magdalena, preparándose además con todo género de pertrechos para una encarnizada pelea.

El pueblo de Cuilámpan había sido fundado en un lugar cenagoso a la falda de un cerro que destila mucha agua, de que se formaba un arroyo con que regaban sus sementeras: los mixtecas que llamaron en su idioma Sa-ha-yucu, que quiere decir, "al pié del monte" los habitantes componían entonces quince mil familias, y en esta ocasión se distribuyeron por barrios de modo que en cada uno de ellos mandaba uno de los capitanes, jefe de uno de los cuerpos del ejército que había acudido en auxilio del pueblo en los momentos del peligro.

Los habitantes tenían obligación de acudir con sus armas cada vez que oyesen sonar la "Concha" que daba en todas partes la señal de rebato. En estas circunstancias el ejército de Dzahuindanda, rey mixteco, se dirigió al cerro de "María Sánchez" y acampando al pie de sus contrafuertes, comenzaron las hostilidades poniendo cerco a Zegache. Se combatió con tesón; mas al fin los zapotecas abandonaron el pueblo. Los mixtecas se encaminaron al cerro que servía de postrer refugio al infeliz Cosijoeza, y le pusieron sitio.

Todo sonreía en torno de los mixtecas, y Cosijoeza parecía destinado a caer en sus manos. Si los acontecimientos hubieran seguido el curso que llevaban, acaso no hubiera valido al rey de Zaachila su astucia y su profunda maldad; pero cuando la guerra se recrudecía y parecía inminente un asalto al "María Sánchez" los españoles llegaron al valle y todas las cosas cambiaron de faz. (1)



(1.) Las noticias de este capítulo están tomadas de la Historia de Oaxaca por el P. Gay. T. I. Págs. 225 y siguientes.

V

Muerte heróica de Donají.

Francisco de Orozco que había sido comisionado por Hernán Cortés para conquistar Huaxyacac (hoy Oaxaca,) después de haber pasado revista a sus soldados, salió de Tepeaca el 30 de Octubre de 1521, con treinta caballos, ochenta infantes españoles y gran número de aliados; se internaron en las mixtecas. El camino no debe haber estado muy despejado de enemigos, pues tuvieron que combatir dos o tres veces pereciendo gran número de combatientes de una y otra parte. Se ignoran muchos de los pormenores de esta campaña, conservándose la única tradición de que una de las más reñidas batallas se dió en un punto fuerte del famoso río de San Antonio.

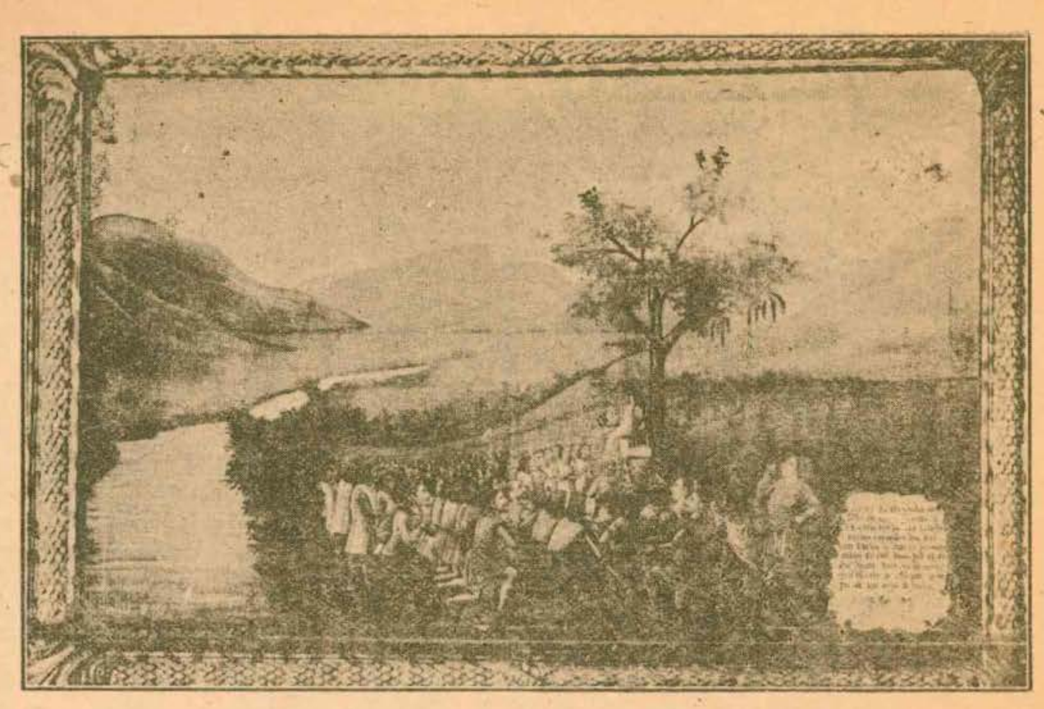
El ejército invasor se detuvo a la margen derecha del río Atoyac, en el lugar que ocupa el pueblo de Santa Anita, y el 25 de noviembre de 1521 debajo de un árbol de Huajes, el sacerdote clérigo Juan Díaz, que acompañaba a las tropas expedicionarias, celebró la primera misa que se dijo en Oaxaca, oyéndola los soldados que estaban acampados en el sitio.

Los mixtecas, que habían combatido a los españoles en el río de San Antonio, quisieron, sin embargo, continuar las hostilidades en Oaxaca: recogieron sus tropas esparcidas, sin exceptuar las que sitiaban a Cosijoeza en el cerro de "María Sánchez", y las situaron convenientemente en la cumbre del Monte Albán. La guerra se hubiera prolongado por largo tiempo, a perseverar los mixtecas en su propósito; mas el Rey de Achiutla, seriamente amonestado por los sacerdotes de sus dioses, circuló la orden de que cesasen los combates, pues tal era la voluntad del cielo. (1)

Los españoles ofrecieron a mixtecas y zapotecas reconocerles sus derechos y conservarlos en posesión de sus estados respectivos; obligándolos a suspender la guerra, que no tenía ya razón de ser entre ellos por pertenecer sus dominios al Rey de España, único señor, a quien en adelante debían respetar y obedecer. Ambos contendientes entraron en tratados de paz.

"Los mixtecas, dice el señor Manuel Martínez Gracida, (2) desconfiando de Cosijoeza, cuya hábil política les causaba sobresalto, puesto que más de una vez habían sido víctimas de sus lazos,

(1) P. Gay. pág. 254.
(2) "El Rey Cosijoeza y su familia".

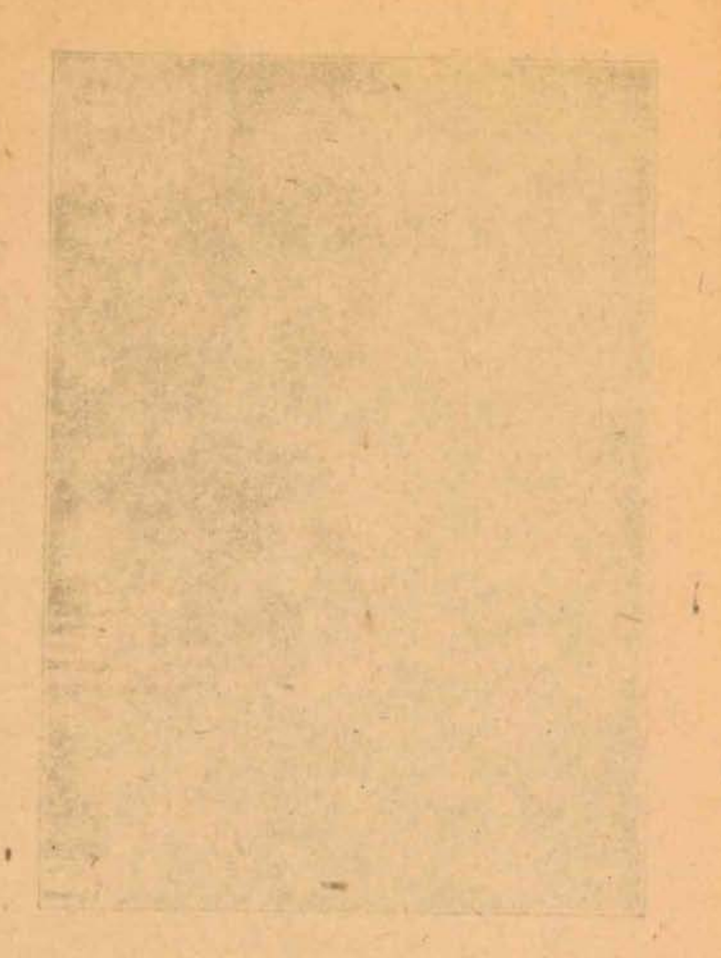


Primera Misa que se celebró en Oaxaca, bajo un árbol de huajes, por el clérigo Juan Díaz, el 25 de Noviembre de 1521.
(Cuadro mural en el Templo de S. Juan de Dios).



Bautizo de Cosijoeza, último rey de Zaachila.

(Cuadro mural en el Templo de San Juan de Dios).



exigieron como garantía que los zaachileños no atentarían contra la fortificación del Monte Albán, conquistado en la guerra, que la única princesa de la casa real quedase en poder de los cuilapences, quienes en su caso, dispondrían de la vida de la dama, si faltaba a su compromiso."

"Aceptada por el rey zapoteca esta proposición, remitió a la Princesa Donají al campamento mixteca; que recibida allí con los honores de su rango, quedó en prenda de paz."

"Como consecuencia de este acto todos regresaron contentos a sus posesiones."

"Caminaba el mes de diciembre de 1522, y la joven princesa meditando acerca de su inusitada prisión, decíase "mi estancia aquí humilla mi casa: solo la continuación de la guerra podrá lavar esta afrenta: mi padre que venció en Guiengola a mi abuelo Ahuitzotl, vencerá a Dzahuindanda en esta fortificación."

"En efecto, una noche en que Donají vió dormido y descuidado al ejército mixteca, despreciando la vida por la gloria de su pueblo, envió recado a los Zaachileños con una dama de su servidumbre para que, sin pérdida de tiempo, cayeran sobre el campamento enemigo. Estos aprovechándose del aviso, y con anuencia del rey Cosijoeza, contestaron que acatarían sus órdenes, pero que procurara salvarse cuando un dardo penetrase en su habitación. Dada la señal del asalto atacaron las fortificaciones causando gran carnicería en sus enemigos que, descuidados y debilitados por el momento, cedieron a la fuerza numérica y al empuje violento de los zapotecas, retirándose ordenados por las faldas septentrionales del "Monte Albán," entre tanto recibían los auxilios respectivos."

"Buscada con instancias la Princesa Donají, uno de los prisioneros dijo a sus vencedores: "No está aquí, al penetrar un dardo en su mansión arrojado al intento por diestro tirador fué sacada de ella por los capitanes que la custodiaban, así es que, perded la esperanza de recuperarla, porque debe estar muerta ya."

"Cerca de la margen derecha del Río Atoyac, se reunieron en consejo los capitanes y decretada la muerte de la Princesa zapoteca, por haber faltado sus parciales al pacto celebrado, la degollaron allí; dándole sepultura inmediatamente a fin de que los zapotecas ignoraran su paradero."

"La guerra parecía que iba a continuar más encarnizada; aun estuvo Cosijoeza a punto de atacar Cuilápam, y los Mixtecas Zaachila. pues ambos contendientes se hallaban fuertes y hondamente resentidos; mas el jefe español, Francisco de Orozco intervino luego quedando mixtecas y zapotecas en sus antiguos puntos."

"Antes de ser decapitada la Princesa Donají, el Padre Juan Díaz se dedicó a bautizar a muchos nobles e indios de ambas lenguas, y tocándole su turno a Donají fué bautizada con el nombre de Doña Juana Cortés para indicar con él su elevado origen."

VI

Un Idilio.

Donají ¡pobre niña! huérfana desde su infancia por la muerte de su madre Coyolicalzín, su padre la había dedicado al servicio del templo, y entre las vírgenes doncellas que en su recinto se acogían y educaban, creció Donají pura y lozana como las rosas de los huertos, cándida y feliz. Algo, sin embargo, faltaba a su completa felicidad.

En los momentos en que libre de todo quehacer la niña podía vagar libre por los ámbitos del magnífico palacio de Cosijoeza en Zaachila, bajo el cielo diáfano, transparente, que en pabellón magnífico formaba la bóveda azul del firmamento, su espíritu se elevaba en alas de sus virginales deseos, y sus ojos perdidos en la inmensidad creían ver que las estrellas se multiplicaban en número infinito de pálidos y cintilantes soles que iban a grabarse en misteriosos signos en dilatada inmensidad de una prodigiosa turquesa.

Avida, suspendida en éxtasis arrobador, los negros ojos de la niña parecían saltarse de sus órbitas como si acercarse quisieran a los misteriosos signos para mejor leer su significado, y así sorprendíala la aurora, desvaneciéndolo todo menos el placer con que embargaba sus sentidos el violento latir de su corazón, batiendo el casto pecho con fuertes palpitaciones.

Quimeras de la juventud, fuego de una sangre limpia y generosa, ley ineludible de la naturaleza, algo faltaba a Donají que ponía lánguidos sus ojos y hacía inseguro su paso, al extremo de que más de una vez se sentia columpiarse al impulso de desconocidas fuerzas, como al caer la tarde siéntense columpiadas las palmas reales por las tenues caricias de las brisas juguetonas.

Sin darse cuenta de ello, sus labios suspiraban nuevas y deliciosas armonías, sus manos buscaban las flores más delicadas para oprimirlas contra el seno, y embriagarse con su aroma; por su frente pasaban rozándola misteriosas sombras como las que en las nubes finge la luna que las besa con su luz de plata, y más de una vez tendida al borde de plácido arroyuelo mezclaba sus lágrimas a los cristales de la corriente, y

—¿Adonde va el arroyo? se decía.
¿Adonde va fugaz el pensamiento?

Todo ello no era más que una adivinación del amor, y decimos adivinación porque la hermosa Donají a nadie había amado aún, todavía ignoraba lo que era amor.

Una noche, noche de Verano, de súbito despertó a la joven el sonido de la concha; alarmada, temerosa, pues aquel sonido se escuchaba en caso de guerra, Donají dejó el lecho, salió al patio, y vió un numeroso grupo de soldados que excitados por la voz de sus capitanes, corrían al combate, cuyo fragoroso estruendo parecía multiplicar en fuerza estallando bajo la callada bóveda de la noche. Pronto aquellos guerreros zapotecas estuvieron de vuelta, escoltando un grupo de prisioneros mixtecas. Entre ellos llegó un joven sostenido por dos soldados. Era el príncipe *Nuhucano*, que en la armoniosa lengua mixteca significa: "fuego grande", tan malamente herido que bien daba a entender por la palidez de su semblante que moriría. Instante llegó en que su muerte pareció un hecho. Pesando como un cadáver deslizose súbitamente de entre los brazos de sus conductores, que le vieron caer a sus pies como inerte masa. Donají estaba allí, a su lado, y un grito de piedad se escapó de sus labios. Los soldados se alejaron para confundir sus voces con las de los guerreros que cantaban ante el ara de su dios, "*Corazón del Mundo*", el himno de victoria.

Donají, que había vuelto a caer en los éxtasis deliciosos de sus juveniles ensueños, tomó el cuerpo del príncipe y corrió a ocultarlo en un aposento oculto de palacio. Nuhucano no estaba muerto, y sí únicamente desmayado a consecuencia de la cantidad de sangre perdida.

Un secreto impulso, más grande que el que imprime la piedad en nobles pechos, le inspiró la elección del mejor método curativo para volver la salud al prisionero, abandonado por sus vencedores. Noche a noche, se trasladaba Donají al ignorado recinto en que se escondía el noble herido, que volviendo lentamente en sí, al fin abrió un día los ojos para mirar y prendarse de la caritativa y encantadora joven. Pocas palabras conocían de los idiomas que podían servirles para entenderse uno a otro; pero les bastaron unas cuantas para comprenderse. Las pasiones tienen un lenguaje más eficaz que el que brota de los labios: ese lenguaje es el que hablan los ojos; él solo les bastó para decirse que se amaban con gigante amor.

Confundidas sus almas como se confunden sobre el líquido espejo de los mares el azul del cielo y el azul de las aguas, seis meses duró para Donají y Nuhucano su amorosa felicidad. Al cabo de ellos, Nuhucano, mal repuesto aún de sus heridas, volvió a la realidad de la vida al escuchar el estrépito de un combate. Zaachila estaba sitiada por los valientes de Dzahuindanda; los mixtecas luchaban por la gloria de su patria y su rey.

A su lado está mi puesto, exclamó Nuhucano rompiendo la cadena seductora de los brazos de su Donají, y sin atender a los rue-

gos de esta salió del aposento, alcázar de su ventura, gritándole: ¡Voy a pelear por el rey mi padre y por mi patria!

Ya dijimos como el rey Cosijoeza y su corte abandonaron Zaachila, refugiándose en el cerro, llamado "Teta de María Sánchez." de donde no regresaron sino después de concertar los tratados de paz, y entregado a la princesa Donají en rehenes, que conducida a la fortaleza de Monte Albán, fué tratada con todos los honores de su rango, y estimada como valiosa prenda.

Pasaron los días, y uno de tantos, burlando la vigilancia de sus guardianes, logró enviar recado a su padre Cosijoeza, que esa misma noche atacara la fortaleza que se encontraba descuidada. Su plan tuvo éxito completo. según vimos en capítulo anterior; pero ese mismo día supo que Nuhucano vivía en Tilantongo, al lado de su padre, y continuaba amándola con apasionado transporte; no había podido decírselo sino hasta entonces, por medio de un fiel emisario, que adelantó para prevenirle que esa noche tendría una entrevista con ella. Difícil situación en que Donají se encontraba, pues por una parte deseaba estrechar en sus brazos a su amado, y por la otra, el amor patrio le hacía luchar por la gloria de su padre.

Cuando la luna se encontrara a medio cielo, habíale dicho su adorado estaría con ella. Ya era la hora, pero Nuhucano no llegaba; ¿Qué motivaba su tardanza? Si Nuhucano tardaba la entrevista era imposible, los zapotecas atacarían la fortaleza y peligraba su vida ¡Oh! que viniese pronto, muy pronto. Tristes presentimientos la aquejaban ¿cual era la causa? Lo ignoraba; pero no podía contrarrestar la zozobra. De pronto sintió como un vuelco en el corazón. Oyó rumor lejano de voces y de pasos. Era el ejército de su padre que venía a tomar la fortaleza. ¡Oh¡ ¡qué tormento! ¡Pobre Donají! Parecióle que la luna se oscurecía, que el suelo temblaba bajo sus piés, que las paredes iban a desprenderse sobre ella y aplastarla con sus escombros. Tuvo miedo.

El ruido de voces crecía y se acercaba, Nuhucano acababa de llegar, claramente oyó su voz que llamaba a su Donají, y le vió acercarse a ella. Sí, él era; Donají le tenía sobre su pecho estrechándole en amoroso y casto abrazo. El rumor de los guerreros había ido creciendo por grados, y aumentábase por instantes.

—Oye, Nuhucano, exclamó con terror profundísimo; oye bien, el siniestro *tecolote* silba en la torre del adoratorio de Cuatro Puertas; mírale, mírale allí, distingo bien las dos llamas amarillentas de sus ojos fosforescentes. Escucha su canto fúnebre y sepulcral: ¡tengo miedo, Nuhucano, tengo miedo! La desgracia está sobre nosotros. Me lo dice la experiencia. Jamás podré olvidarlo. Era una tarde encapotada, negra casi. Sobre una de las torrecillas del palacio de Zaachila, distinguí esos mismos fosforescentes ojos, y escuché el mismo lúgubre canto. Era el *tecolote* de mal agüero. Al día siguiente llegaste prisionero por los guerreros de mi patria. Cuando

murió mi madre, cantó el *tecolote* como ahora canta, anunciando la desgracia; ésta, no lo dudes, pronto vendrá sobre nosotros. Animo Nuhucano mío, hagamosla frente no oponiéndonos a ella sino recibiéndola resignados. ¡Quizá estoy en la última noche de mi existencia! ¡Por piedad, Nuhucano, apártate de aquí, tengo miedo, el ave siniestra continúa cantando con horrible pertinacia. No, no quiero que mueras tú ¿oyes ese rumor? son los guerreros de mi patria que vienen a atacar la fortaleza, huye, huye por favor, de lo contrario caerás en sus manos y no te perdonarán la vida.

—Donají ¿qué es esto? ¿acaso no me quieres ya?

¡Qué dices, Nuhucano! ¿puedes tener necesidad de preguntármelo?

—¡Ah, Donají mía!

Si, Nuhucano, huye.

Los asaltantes invadían la fortaleza, y la mortandad era horrible.

—¿Lo ves, Nuhucano mío, mi amante fiel; inútil es volverse contra el Hado: de morir hemos esta noche.

Nuhucano no pudo remediarlo: el terror de Donají invadió también su ánimo, las lágrimas acudieron a sus ojos, y para ocultarlas a su amada cubriolas con sus dos manos. En ese instante un dardo disparado por diestra mano, penetró en el aposento de Donají.

Dos capitanes mixtecos sacaron de allí a Nuhucano y lo pusieron en salvo. Otros cuatro se apoderaron de Donají y la condujeron a la margen derecha del río Atoyac, donde la degollaron, según vimos en el capítulo anterior.

El astro que alumbró la fortuna y la gloria de los reyes zapotecas se había nublado para siempre.

Donde se guardan los despojos mortales de la noble princesa Donají lo diremos adelante



VII.

Un joven aventurero.

Con el tiempo la veneración y afecto a la imagen de la Virgen de la SOLEDAD se había extendido tanto, que con la constante visita de los fieles se llegó a olvidar el nombre de San Sebastián, patrón de la primitiva Ermita: llamábasele la iglesia de la Soledad, ésta era la invocación y el título que se le daba a aquel templo. La Virgen por su parte correspondía a tales afectos, manifestándose piadosa a los ruegos y súplicas que se le dirigían; siendo Ella el asilo y consuelo de los Oaxaqueños. Estos la llevaban cada año a la Catedral, en donde permanecía seis meses, con el fin de multiplicar los votos y hacer propicia a dicha Virgen para que no faltase a su tiempo el beneficio de las aguas.

Con el fin de que no quedase solo el templo en la ausencia de la venerada imagen, se pensó sacar una copia, encomendándose el trabajo al mejor pintor; pero es el caso, que en Oaxaca no se encontraba: pues es sabido que en esa época los indios no podían dedicarse a las artes liberales, porque sólo eran un manantial de riqueza, y el cimiento sobre el que levantaban su fortuna los españoles residentes en Oaxaca. Los criollos que sentían aspiraciones por la pintura, no encontrando maestros en su tierra, y queriendo abrirse horizontes más amplios, se encaminaban a la Capital del Virreynato, donde algunos alcanzaron la gloria de los genios, como nuestro insigne Miguel Cabrera, llamado el Miguel Angel Mexicano. Entre los europeos era difícil encontrar el pintor deseado, pues no sólo por respirar el ambiente puro, ni por contemplar el trasparente cielo de Antequera, ni por ejercer un arte noble; sino la esperanza de labrarse un dorado porvenir, era principalmente lo que lisonjeaba a los españoles para dejar la Madre Patria, y venir a estas lejanas tierras.

Ya se había pensado contratar en la ciudad de México uno de los más afamados pintores, cuando cierto día presentose al Padre Capellán de la Soledad, que dicho sea de paso, su nombramiento correspondía al Cabildo Eclesiástico, que siempre se fijó en personas de prendas y conocida virtud, un joven español, recién llegado a la Ciudad, quien se ofreció espontáneamente a pintar la imagen deseada. Era este joven de aspecto agradable, de conducta irreprensible y de nobles modales; pero siempre se le veía triste, como si alguna

cosa le preocupase: era víctima de una de esas enfermedades del ánimo, que tantos estragos causan en la juventud.

También tenía su leyenda:

Se había enamorado en España de una hermosa joven llamada Inés, hija de un Hidalgo que poseía una casa y algunas tierras, es decir, nada en conjunto; pero los hidalgos de aquellos tiempos eran muy orgullosos, y soñaban reclutar los maridos de sus hijas entre reyes y emperadores, un plebeyo era poco.

¿Qué había de esperar un hombre como Fortún, así se llamaba nuestro joven, que pertenecía a la clase humilde?

Aficionado a la pintura, le pidió al arte una fortuna que ofrecer al padre de Inés; pero su maestro le dijo con cruel sinceridad; "Es preciso que desistas, Fortún, nunca serás más que un pintor adocenado, porque Dios no ha puesto el genio en tu mente, y sin genio no hay artista posible.

Fortún podía renunciar a todo menos a la mano de Inés ¿Qué hacer?

En aquella época los jóvenes europeos que no tenían patrimonio, buscaban en el Nuevo Mundo los tesoros legendarios que, según contaban sus patriotas al volver de las Américas, estaban a disposición de los aventureros, que tuvieran valor de atravesar el "charco;" el enamorado joven resuelto a adquirir la mano de Inés a toda costa, y animado por tan alhagadoras esperanzas, se decidió a hacer la peligrosa travesía; creyendo, pues así le habían asegurado, que toda la dificultad consistía en llegar al país elegido, allí en los ríos se encontraban pepitas de oro, y el trabajo consistía en irlas a recoger. El joven en su imaginación calenturienta ya se consideraba poseedor de aquellas hechiceras pepitas que al ponerlas en las manos del orgulloso hidalgo, le darían en cambio a la dueña de su corazón.

El país elegido fué México.

La despedida de Inés y de Fortún fué muy triste, formando un contraste singular, éste, estaba poseído de una esperanza, aquella de un presentimiento.

—¿Por qué lloras? le decía el joven viendo su bello rostro inundado de lágrimas.

—¡Creo que estamos viéndonos por última vez! contestó Inés con voz entrecortada.

– ¿Qué dices?

—¡La verdad!..... he tenido esta noche un sueño muy triste.

¡Bah! ¿Quién hace caso de los sueños?

—Cuando son lisonjas, nadie, cuando predicen una desgracia, cualquiera.

—Ruégote Inés que deseches esas ideas..... ¿Qué es lo que has soñado?

—¿Para qué lo quieres saber? ¿No dices que no debemos hacer caso?

—Es verdad, pero...... en fin ¡si me lo revelaras!
—Pues bien, he soñado...... que te habías vuelto loco......
—¡¡Inés!!
—Y que en tal estado nuestra boda era imposible.
—¡¡Loco!!
—Sí
—¿Pero por qué?
—Lo ignoro, mi sueño se ha llevado el secreto de tu locura.
—Pero no comprendes que eso......
—¡No es imposible!
—Es verdad...... pero tampoco es posible. No existe ninguna causa que pueda trastornarme el juicio.
—Inés mía, vuelvo a repetirte que los sueños no dicen ni una palabra de verdad.
—A veces son revelaciones. Dios permite que la imaginación de la criatura penetre en el porvenir.
—En fin, tranquilízate...... y me alegro que me hayas dado este aviso, que me permite estar en guardia. Creeme, tu memoria será lo único que me preocupe...... y ya ves que esto no es motivo para que mi imaginación sufra el más ligero extravío.
—¡Dios lo haga!
Los dos amantes se separaron.
Fortún partió para México en la primera nave, lleno de ilusiones.
¡Pasaron dos años sin adelantar nada! sin embargo, esperaba aún.
Consolábale la idea de que Inés seguía siéndole fiel. En dos años había sabido de ella dos veces: hasta entonces su padre no había pensado en casarla, por no encontrar hombre que reuniera las condiciones que deseaba para su yerno. Esto era una fortuna, y al mismo tiempo una desgracia. Al aumentar las exigencias del hidalgo debían disminuir sus esperanzas. Hasta entonces Inés no podía abrigar más esperanzas que la de morir soltera. Esto podía contener el amor propio de Fortún, pero era muy triste para la doncella.
Fortún, que al llegar a México no había encontrado aquellos fantásticos ríos que sus arenas contenían las valiosas pepitas de oro que él buscaba, se dedicó a trabajar en la Capital; viendo que no adelantaba nada, pensó trasladarse a otro punto.
En esa época Oaxaca había entrado en un período de prosperidad: el Comercio consistía principalmente en el expendio de los efectos extranjeros que a precios muy subidos hacían los españoles en la ciudad y algunos pueblos principales. Se cultivaba un artículo que desde tiempo atrás había tomado colosales proporciones: la grana. Este precioso animal comparado con el oro por su valor y el aprecio que generalmente se hacía de él, si no es exclusivo de Oaxaca, en ningún otro país como en éste prosperó tanto ni se multiplicó tan prodigiosamente. El comercio de la grana tomó un vuelo rápido,

enriqueciendo a proporción el país privilegiado en que abundaba de preferencia; debido a ésto, vivían en el seno de holgada comodidad, y aún de la opulencia, numerosas familias con el producto de los miles de zurrones que después de dejar en Oaxaca el bienestar, iban a dar vida al Comercio y a la Industria de otros países.
Sabido ésto por Fortún, se vino a Oaxaca con la esperanza de hacer fortuna en el Comercio del oro rojo, como se le llamara en la actualidad al precioso artículo de la grana. Residiendo en la Ciudad aconteció el hecho que nos ha obligado a darle a conocer: el hallazgo del cuerpo de la Princesa Donají.

VIII

Un lirio misterioso.

Atendiendo a las buenas cualidades que hacían recomendable al joven pintor, que espontáneamente había ofrecido su paleta y pincel para obtener la copia de la milagrosa imagen; el P. Capellán, después de haber consultado con los principales vecinos y la cofradía, aceptó aquel sincero ofrecimiento.
Fortún instalado en la capilla dió principio a su cuadro, trabajando sin descanso. Al poco tiempo pudo el pueblo contemplar la producción, en lienzo de su venerada imagen de la Soledad; y, según cuenta la tradición, Fortún estuvo inspirado, atribuyéndolo a milagro, pues no hizo una obra de arte porque ya sabemos que no tenía el genio de los artistas; pero ejecutó una copia que inspiraba devoción, que es todo cuanto puede exigirse a un pintor que no firma sus obras con los apellidos de Velásquez ni de Murillo.
Como el original no ostentaba nada en sus manos, que unidas en su pecho, parecen dispuestas a sostener alguno de los instrumentos de la pasión de Jesús, que los ojos de la Virgen contempla en su soledad, con tristeza indecible. Quiso el pintor agregar aquel detalle a su cuadro.
Paseaba una tarde por las orillas del río Atoyac, entonces más pintoresco que ahora, pidiendo inspiración a la frescura de la brisa que blandamente soplaba; de repente contuvo su pié derecho que avanzaba en el aire para posarse en tierra, con aquel movimiento evitó aplastar un hermoso LIRIO que brotaba a poca distancia del río. La flor se inclinaba dulcemente sobre las verdes hojas, como

una joven que reclinaba la cabeza en la almohada cuando va a entregarse al sueño. El lirio parecía saludarle agradecido de que no lo hubiera pisado.

¡Oh, qué hermoso!, exclamó el pintor, digno es de figurar en las manos de la virgen..... acaso no se llama a María: "*Lirio entre las espinas*"; además, ¿No es Ella la santidad, la inocencia misma, sujeta a las penas y sufrimientos de los mortales......? desde luego, la elijo como el detalle que me falta.

Y adelantó su mano para cortarla.—¡Es lástima!—dijo conteniéndose. Aquí podrá vivir algunas horas más, con el jugo y la frescura de la tierra, mientras que en mi mano se marchitará esta misma noche......No; la llevo en mi imaginación, mañana la copiaré .....Y ahora que recuerdo .... ¡singular coincidencia! es la flor favorita de Inés.. ...¡Representa el candor, la pureza y la honestidad .... decididamente la coloco en las manos de la Virgen de mi cuadro.

Una ráfaga fría le hizo recordar que corría a la sazón el mes de noviembre, lo que le hizo fijarse que aquella flor abre en primavera.

—¡Es extraño!—se dijo—¿Cómo permanece esta flor tan fresca fuera de su época, cuando otras que han nacido después ya no existen? Nunca he visto esta flor primaveral cuando acaba el otoño, siendo tan opuesto a su existencia el clima frío! ¡Pobre flor, morirá esta noche con el frío que empieza a soplar .... ¡esta es la imagen de la dicha humana..... su duración es breve!

Al día siguiente apareció el lirio dibujado en las manos de la imagen; Fortún lo había reproducido exactamente.

Pasaron algunos días sin que volviera a recordar aquel detalle, hasta que, siguiendo una mañana la dirección de las aguas del Atoyac, vino, a su imaginación aquel poético recuerdo.

—Por aquí debía ser—exclamó,-en esta dirección .....este aroma desconocido.... no, no me engaño, por aquí debe ser.... pero ¡¡que veo .....!!Fortún se detuvo, el lirio estaba allí como si acabara de brotar ¿Era el mismo?

!Pero al cabo de quince días!

¿Qué flor resiste tanto tiempo, ni aún en el verano?

Fortún por un momento creyó que se había trastornado el curso de las estaciones y que empezaba la primavera; pero tendió la vista hacia el "Monte Albán", y lo encontró sin verdor, el campo estaba erial ¿qué fenómeno era aquel? El lirio se inclinaba a impulso de la brisa; también lo saludaba aquella mañana, era el mismo, le conocía.

Permaneció allí largo rato; parecía que estaba acompañando a una persona, no hablaba pero se hacía la ilusión, y aún hubo un momento en que llegó a creerlo, de que siempre que sus ojos se dirigían a la flor, esta se extremecía como si tuviera aquel modo de comunicarse con un extraño.

Fortún permaneció aún varias horas, no acertaba a separarse de aquel sitio; creyó que el lirio era su amante, y que al separarse de ella no iba a encontrarla al día siguiente, esto era lo lógico; porque empezaban las heladas.

Aún cuando la existencia de la flor demostraba de una manera palmaria que había para ella un soplo tibio de Mayo, encargado de prolongar su existencia de una manera indefinida, y que no se explicaba.

Había llegado la noche. La flor brillaba enmedio de la obscuridad, como si en su cáliz se albergase un gusano de luz. La rodeaba un resplandor opaco y fosforescente, como las llamaradas azules que se desprenden de la tierra en los cementerios, como es el fuego magnético que exhala el mar, y es conocido entre la gente de abordo por el fuego de SAN TELMO.

La campana de Santa Catarina (hoy San Juan de Dios) dobló el Angelus; después hizo sonar el toque de ANIMAS. Fortún no se movía ¿iba a pasar la noche allí? Después de una lucha de algunos minutos, resolvió llevarse la flor y guardarla en memoria de Inés, a quien tanto gustaban los lirios. Tenía hambre, sed y cansancio: estaba allí desde la mañana. Se despidió de él el último rayo del sol al hundirse en el horizonte, y le saludó el primer rayo de la luna.

—¡Acabemos de una vez!—dijo,—y alargó el brazo, inclinándose para cortar la flor. Al romper su tallo percibió un ¡¡ay!! de dolor que parecía salir de las entrañas de la tierra. Huyó asustado dejando la flor en el suelo.

A poco llegó a su casa, y se tendió en su lecho, pero no pudo dormir, aquel lamento resonó en su oído toda la noche ¿Era que la flor tenía vida . ...que era sensible al contacto, y que había sentido el dolor al desprenderla de su tallo? ¿Era que el joven había soñado todo aquello?

Apenas rompió el alba ya estaba a la orilla del Atoyac; pero allí le esperaba una nueva sorpresa: el lirio se balanceaba en su tallo movido por la brisa de la mañana ¡¡En su tallo, cuando él lo había cortado la noche anterior!! ¡Entonces era otro! Fortún miró al suelo, allí no había más lirio que el que salía fresco y lozano de la tierra. Aquello no se prestaba mas que a una suposición: había soñado creyendo arrancarlo del tallo. Todo era ilusión; pero ninguna llegó a trastornarle hasta aquel punto. Es verdad que lo que se hace de noche y sin luz, se hace mal.

No, no había de pasarle lo que pocas horas antes; entonces brillaba el sol, y su luz era suficiente para evitar todo engaño. Alargó la mano y rompió el tallo efectivamente: el lirio cayó al suelo; pero al caer, Fortún percibió claramente un gemido, el ¡¡ay!! de la noche anterior resonó con fuerza ¡alguien se había quejado! pero ¿quién era ese alguien? El lirio sin duda, porque aquel sitio estaba desierto...

Fortún se dió otra explicación: allí dentro había alguno.

Había oído hablar de feroces castigos, de seres arrebatados al aire y a la luz y enterrados en vida. Allí, sin duda, existía uno de aquellos infelices seres secuestrados por alguna venganza particular; y al sentir que alguno estaba cerca de él se quejaba para que sus hayes demostrasen su estancia allí y acudiesen a socorrerle.—¡Animo!—gritó el joven y guiado por un sentimiento generoso.—No desmayeis.... ! ¡Corro a salvaros!

Y partió de allí con la velocidad del rayo exclamando a voz en grito:—¡Una piqueta.... ! ¡Pronto, una piqueta para salvar a un hombre que está expirando!

Los que se cruzaban con él en el camino le cedían el paso amedrentados al ver su actitud; después volvían la cabeza exclamando: ¡ese pobre pintor está loco!

IX

Hallazgo del cuerpo de la Princesa Donají.

Es costumbre antiquísima celebrar el 25 de noviembre de cada año en el Templo de San Juan de Dios (antes Santa Catarina) una solemne función en conmemoración de la primera misa que el P. Juan Díaz celebró a la margen derecha del Atoyac y bajo de un árbol de huaje como ya dijimos. Reuníanse en tiempos pasados, con asistencia del Prelado, los dos cabildos, el eclesiástico y el civil, y lo más florido de la sociedad oaxaqueña. Después de la Misa salía la procesión, que recorría las calles más cercanas al templo.

En los momentos en que la procesión salía de la iglesia, Fortún cruzó por delante de la apiñada muchedumbre, llevando al hombro una piqueta y un azadón; tal vez los había tomado en la primera casa que los encontró, porque en tan supremo instante nadie hubiera contestado a su petición, ni correspondido a su deseo.

Fortún corría como un loco. Sólo pensaba en el ser que se había quejado momentos antes. Acaso llegaba tarde ya para salvarle. Esta idea centuplicó sus fuerzas. Llegó al sitio en que había cortado el LIRIO, que permanecía mustio en el suelo. En seguida se puso a picar la tierra con la piqueta y a levantarla con el aza-



Templo de S. Juan de Dios.

(Primer templo que se levantó en Oaxaca, con el título de Sta. Catarina).

dón. La gente se iba reuniendo; algunos preguntaban:—Pero ¿qué hace ese hombre?—Los que se creían mejor informados contestaban: es un pobre loco que remueve la tierra en busca de algún tesoro que han escondido los indios. Y a la verdad que Fortún parecía un verdadero demente. La tierra estaba dura, pero él descargaba unos golpes formidables que la hacían retemblar y estremecerse.

De pronto resonó un grito lanzado por muchas gargantas, y todos a una exclamaron:—¡¡Un cuerpo!! ¡¡Un cuerpo!!—En efecto, apareció un cuerpo, "lo descubrieron con veneración, y encontraron los despojos mortales de una doncella; quedando sorprendidos al ver la cabeza con el cuello hacia abajo, la cara al oriente, algo inclinada, y con las raíces del lirio sobre la frente y sien derecha, y al parecer dormida, se conservase sin putrefacción alguna." (1)

X

Una explicación.

Los ancianos zapotecas de Zaachila y los de Antequera, conservaban la tradición, oída de sus abuelos, que el lugar donde descansaban los restos de la Princesa Donají, degollada por los capitanes mixtecas, estaba próximo a la margen derecha del Atoyac; y también dijimos que el sepulcro que guardaba la cabeza incorrupta de la heroica princesa, se descubrió cerca de la margen izquierda del río (próxima al extremo S. O. del Puente), precisamente en el sitio donde el hermoso lirio, que brotó de su sangre, ostentaba sus frescas y galanas flores.

Para evitar la confusión que esto pudiera originar vamos a exponer un dato que encontramos en varios historiadores de Oaxaca, por donde veremos que con el cambio de curso del río Atoyac, el sepulcro de Donají, que antes estuvo en la margen derecha, después vino a quedar en la izquierda.

"Hace muchos siglos, cuando el venerable Quetzalcoatl, sacerdote, príncipe y profeta, según la historia de los indios, y apóstol según la tradición de los cristianos, visitó esta región de América y plantó en el Marquesado los legendarios ahuehuetes o sabinos,

(1)—M. M. Gracida "Cosijoeza y su familia". pág. 100.

de los que todavía se alza uno en la estación del Ferrocarril del Sur, el valle de Oaxaca ofrecía un aspecto muy distinto del que ahora tiene, al grado de que cosa difícil le sería reconocerlo al mismo Rey Cosijoeza si resucitara. El Atoyac, río caudaloso entonces, ocupaba doble cauce del que tiene ahora pasando por las que hoy se llaman calles de Trujano, y extendiéndose cerca de San Juan de Dios enmedio de un florido bosque de sauces y de acacias sobre las actuales fincas de la Noria y Candiani para junta se allí con el río de Jalatlaco, que abundante e impetuoso descendía sobre la planicie donde hoy se extiende la parte oriental de Oaxaca. Desde aquel punto ambos caudales formaban inmensa laguna llamada Roaloó."

El P. Gay dice lo siguiente: "para aprovechar el terreno y poder edificar nuevas casas por el Sur de la Ciudad, se pensó en alejar el río trescientas brazas, haciéndolo pasar por el pié del Monte Albán; se puso en obra el pensamiento, pues consta que en Abril de 1561 siendo corregidor Cristobal de Espíndola, con acuerdo del Obispo, cabildo y regimiento de la ciudad, por mandato del virrey, iban de varios pueblos cercanos, quinientos indios al trabajo de "retirar el río de Atoyac pagando guaxaca la herramienta necesaria y la comida por el tiempo que dure la obra" (Archivo Nac. Vol. 5, fol. 287 v.) El beneficio que recibió entonces la ciudad, aún se disfruta pues el río no volvió a reconocer su antiguo cauce."

Este cambio del río Atoyac nos hace comprender, sin ningún género de duda, que el sepulcro de la princesa Donají que antes estaba a la margen derecha, después que el río se retiró al pié del Monte Albán, quedó a la margen izquierda, en el mismo lugar que lo descubrió el infortunado pintor.

XI

Remembranzas.

Diez kilómetros al suroeste de la Ciudad de Oaxaca, al pié de una elevada montaña, bajo un cielo que crió Dios, solo para cobijar a la legendaria Antequera, se levanta la pintoresca población de Cuilápam (Villa Guerrero), con sus blancas casas sombreadas por millares de corpulentos nogales que, enlazando sus ramas y formando con sus copas unidas como un inmenso pabellón, convidan al re-

creo. Los oaxaqueños inclinados al deleite y a la distracción, convirtieron en épocas pasadas aquel ameno sitio en paseo público de la Ciudad. Hay en aquel pueblo un espacioso templo sin concluir y un gran convento abandonado.

No hay frases con que expresar los sentimientos que se experimentan al contemplar aquel hermoso convento abandonado y convertido en ruinas. Las arrogantes y esbeltas columnas que están en pie, los atrevidos y graciosos arranques, los arcos soberbios, la inimitable perfección de los ajustes de las piedras de que está formado, lo delicado y primoroso de los pormenores y la grandeza sorprendente del plan general, dan muy ventajosa idea del arquitecto que la dirigió, el domínico portugués Antonio Barbosa. "No sé quién sea más admirable, dice el P. Gay, si el arquitecto que concibió tan bello edificio, tal vez sin estudios precedentes del arte, o Fr. Agustín de Salazar, que sin contar con un real en sus arcas, sin hacer violencia a los indios, con la sola suma habilidad que tenía para moverlos a su placer; pues ingenuo y sencillo, sabía cautivar la voluntad de los indios, quienes por complacerlo, se ofrecían espontáneamente a trabajar hasta terminar aquella grandiosa obra que causa admiración en la actualidad, y es digna de la inmortalidad." Las oficinas bajas son todas de bóveda y se conservan completas; los altos del convento tuvieron techos de cedro, caídos estos por la injuria de los tiempos, quedando solo en pié los muros de cantería, desafiando a los siglos. El templo llegó hasta las cornizas; y no se acabó porque la Real Audiencia de México mandó suspender la obra a causa de ser Cuilápam, una de las Villas de Don Hernán Cortés, Marqués del Valle. ¡¡Valiente Razón!!

Dentro de aquel hermoso templo sin concluir descansaron los venerados restos del gran insurgente Gral. Don Vicente Guerrero, martirizado en Cuilápam por las pasiones políticas desencadenadas en su contra. Al recorrer aquellas ruinas silenciosas el día 21 de Noviembre del presente año de 1927, en compañía del culto e inteligente historiador y publicista italiano Dr. Guido V. Callegari, nos descubrimos reverentes ante una piedra sagrada que guarda desde más de tres siglos las cenizas de dos nobles príncipes, últimos vástagos de las dinastías mixteca y zapoteca, y que tiene grabada esta inscripción: "Diego Aguilar—N. T. IOANA CORTES." El primero, Don Diego Aguilar, llevaba por nombre en la armoniosa lengua de sus mayores, Nuhucano, fuego grande; este príncipe, después de la muerte del rey Cosijoeza, fué Gobernador de Zaachila, donde gobernó por muchos años a los zapotecas con acierto y prudencia, a su muerte, los mixtecas de Cuilápam a cuya raza pertenecía, trasladaron su cadáver a aquella población para darle sepultura en el tem-

plo que en esa época construían los padres dominicanos; y la segunda, doña Juana Cortés, que se llamaba *Donají, alma grande*, según queda dicho........ cuya imagen, hace cien años adorna el escudo de armas de la ciudad de Oaxaca. Ambos príncipes fueron bautizados por el clérigo Juan Díaz, primer sacerdote que pisó el suelo oaxaqueño. Ya dijimos que la princesa fué decapitada por capitanes mixtecas en la margen derecha del río Atoyac, como venganza por haber colocado en las sienes de su augusto padre Cosijoeza los laureles de la victoria. Cuando fueron encontrados los restos de la princesa Donají, los ancianos mixtecas de Cuilápam, descendientes de aquellos capitanes de Monte Albán, y que conservaban la tradición de la noble virgen, quisieron que sus restos fueran enterrados en la misma tumba donde descansaban los del príncipe Nubucano, para este fin los condujeron al hermoso templo de Cuilápam. Para perpetuar su memoria, mandaron grabar en una loza de piedra, la inscripción, antes dicha, cubriendo con ella ambas sepulturas.

Tristes reflexiones acudían a nuestra mente ante aquella tumba silenciosa, y nos parecía que de ella se levantaban las sombras piadosas de los héroes que nos decían.........

"Del mismo modo que nosotros guerreamos, debéis guerrear vosotros; solo en las luchas por el bien, hay heroismo. Obrad así en la prosperidad como en la adversidad, y no llaméis reposo a lo que es pereza. Luchad por la raza y no por el mezquino interés. Sed patriotas y no vulgares ambiciosos. Obrad con fervor, pocas palabras y mucha acción, fué el lema de nuestros valientes antepasados, y este debe ser vuestro lema. ¡Ay! del que no sabe cumplir con su deber ¡Ay! del que quiere hacer constante la espuma. ¡Ay! del que se constituye en fuego fatuo ¡Ay! del que viste traje de niebla. ¡Salve! al hombre de luz y de acción ¡Levántese contra él el infierno entero y no podrá vencerlo!"........

Amargas reflexiones acudían a nuestra mente en aquellos momentos......

Atravesamos silenciosos el majestuoso templo de Cuilápam, pasamos por el convento, y al retirarnos de la población, no pudimos menos que exclamar:

¡Quédate en paz entre tus bosques de nogales, famoso monasterio, que guardas los restos venerados de dos héroes, de aquella raza que fué la gloria de Nuestro Estado! Quédate allí, azotado, acariciado por las brisas de las montañas y las auras perfumadas del valle, quédate allí durmiendo tu sueño profundo como un atleta fatigado, o como un coloso vencido. Adios Cuilápam! Tu historia es ya un recuerdo................


EL COLEGIO DE MEXICO
f/929.8/A481e
3 905 0305228 4


Biblioteca Daniel Cosío Villegas
ario 2015